

LA UNIDAD CLANDESTINA TRAS
LOS CRIMINALES DE GUERRA NAZIS



CAZADORES DE NAZIS



DAMIEN LEWIS

Casi al término del holocausto nazi, uno de los episodios más escalofriantes y crudos de la historia, sesenta agentes del Special Air Service (SAS) se enfrentaron a las últimas defensas del Tercer Reich. El resultado fue catastrófico, treinta y uno de estos agentes sufrieron un destino terrible al ser masacrados por las tropas alemanas. Pero los derrotados se negaron a dejar que sus asesinos escaparan de la justicia. En toda la Europa devastada por la guerra, los agentes del SAS formaron una unidad ultrasecreta bajo los auspicios de Winston Churchill. Se inició una cacería contra los criminales de guerra fieles a Hitler y contra aquellos que habían dirigido los terroríficos campos de concentración. En medio de esta operación, el régimen nazi sufrió crueles traiciones. El general Reinhard von Gehlen, jefe de espionaje militar del Führer, ofreció entregar intactos a Estados Unidos todos los archivos recabados por su organización, incluyendo aquellos sobre agentes secretos operando a través de la Rusia de Stalin, si los estadounidenses le permitían trabajar para ellos. Durante los siguientes años, Gehlen hizo un gran uso de exoficiales de la Gestapo y la SS asesinando a miles de judíos para enmascarar la traición. Así fue como la CIA encubrió a criminales de guerra nazis con miras a ganar la Guerra Fría, uno de los secretos más oscuros hasta ahora guardados. Cazadores de nazis revela la operación clandestina que se llevó a cabo contra los torturadores de las SS. El objetivo: atraer la atención de las fuerzas alemanas para debilitar sus defensas y abrir un paso para que el general Patton y el ejército de los Estados Unidos avanzaran dentro de Alemania.

Para Mousse
Para aquellos que jamás volvieron

Agradecimiento

Durante la investigación de este libro tuve la oportunidad de hablar con una buena cantidad de personas en el Reino Unido, Estados Unidos, Francia y otros lugares, y confiar en sus recuerdos y su ayuda. A todos ellos les extendiendo mi gratitud más especial, y mis disculpas para aquellos que inadvertidamente olvidé mencionar. Estoy especialmente agradecido con los veteranos del SAS durante la Segunda Guerra Mundial, quienes me compartieron sus recuerdos, y con los miembros de la Resistencia francesa de los Vosgos, quienes también lo hicieron. Sin ningún orden particular, quiero agradecer a: Jack Mann (RU), Chris Boulton (RU), Michael Jarrett (RU), Philip Eysers (Francia), Tony McKenny (Australia), David Henry (Australia), Tean Roberts (RU), Simon Fowler (RU), Maxene Lemaire (Francia), Sim Smiley (EUA), Paul Sherratt y Anne Sherratt (RU), David Lewis (Francia), Eric Chauffele (Francia), Madeline Fays (Francia).

Mis agradecimientos, como siempre, a mi agente literaria, Annabel Merullo, y a mi agente cinematográfico, Luke Speed, por ayudar a convertir este libro en un éxito, así como a mi estimada editorial, Quercus, por el mismo motivo, incluyendo a Charlotte Fry, Ben Brock y Fiona Murphy. También quisiera darle las gracias a Josh Varney.

Mi editor, Richard Milner, merece una mención muy especial por haber decidido comisionar este libro basándose en un bosquejo de la historia. Esa toma de decisiones enérgica y valiente escasea en el mundo editorial de hoy y espero que sea recompensada con las páginas siguientes.

También debo darle una mención especial a Peter Message, un estudiante extremadamente talentoso e historiador de la Segunda Guerra Mundial en ciernes, quien leyó y comentó este libro con aplomo en una etapa temprana del manuscrito.

Otro sujeto que no puede ser nombrado –un exsoldado del SAS de cierto renombre– merece mi más especial gratitud por haber llamado mi atención sobre esta historia en un principio y por convencerme de la necesidad de contarla. Gracias.

También estoy en deuda con aquellos autores que habían escrito previamente sobre algunos de los temas tratados en las páginas de este libro. En orden alfabético, ellos son: Keith E. Bonn (*When the Odds Were Even*), Colin Burbridge (*Preserving the Flame*), Roger Ford (*Fire from the Forest and Steel from the Sky*), John Hislop (*Anything but a Soldier*), Tim Jones (*SAS: The First Secret Wars*), Anthony Kemp (*The Secret Hunters*), Paul McCue (*SAS Operation Bullbasket*), Gavin Mortimer (*The SAS in World War Two*), Christopher Sykes (*Four Studies in Loyalty*).

Y, por supuesto, gracias como siempre a Eva, David, Damien hijo y Sianna, por no tomar a mal que su papá pase tanto tiempo encerrado... otra vez..., escribiendo... otra vez.

Damien Lewis, Dorset, 2015

Nota del autor

Hay tristemente pocos sobrevivientes –si acaso alguno– de las operaciones de las Fuerzas Especiales durante la Segunda Guerra Mundial mostradas en estas páginas, de la Resistencia francesa (los maquis) o de los cazadores de nazis que entraron en acción inmediatamente después de la guerra. A lo largo de las etapas de investigación y escritura de este libro me he empeñado en contactar a tantos de ellos como me ha sido posible, además de los parientes de los fallecidos. Si hay más testigos de las historias que aquí se narran que deseen participar, por favor pónganse en contacto conmigo, pues quizás en ediciones futuras tenga la oportunidad de agregar otros recuerdos de las operaciones retratadas en esta obra.

El tiempo que los hombres y mujeres de los ejércitos aliados pasaron como agentes de la Dirección de Operaciones Especiales (SOE, por sus siglas en inglés),^[1] operadores de las Fuerzas Especiales y colaboradores de la Resistencia fue, con frecuencia, profundamente traumático y muchos decidieron llevarse sus historias a la tumba, especialmente aquellos que cayeron presos del enemigo. Los recuerdos tienden a discrepar y, al parecer, ninguno más que aquellos referentes a operaciones detrás de las líneas enemigas. Los pocos informes escritos de tales misiones también tienden a diferir en cuanto a detalle y escala temporal; los lugares y las cronologías frecuentemente se contradicen. Dicho lo anterior, hice lo mejor que pude para escribir la historia con un sentido del tiempo y del espacio capaz de comprenderse.

Donde varios relatos de una misión parecen particularmente confusos, utilicé la metodología de la situación

«más probable». Si dos o más testimonios o fuentes apuntan a un momento, lugar o secuencia de eventos, he decidido usar ese relato como el más probable. Además, recreé pequeñas porciones de diálogo donde ha sido necesario para ayudar al flujo de la historia.

A pesar de lo dicho arriba, cualquier error que se halle aquí es completamente mío y me alegrará corregirlo en las próximas ediciones. Asimismo, aunque he tratado de localizar a los propietarios de los derechos de las fotografías, bocetos y otras imágenes usadas en este libro, esto no siempre ha sido sencillo ni fácil. Repito: estaría feliz de corregir cualquier error u omisión en ediciones futuras.

Prefacio

La idea de este libro salió de la nada.

Me reuní con un soldado del Servicio Aéreo Especial (SAS, por sus siglas en inglés)^[2] que había escalado en rango e influencia dentro del «Regimiento», como se le conoce. Ese soldado (a quien llamaré «Steve» y quien pidió que no se utilizara su nombre real, como es la costumbre entre los miembros del SAS) y yo nos habíamos hecho amigos a lo largo de la redacción de varios libros.

Yo recién había publicado *Churchill's Secret Warriors*, la historia del salvaje guerrero vikingo Anders Lassen, el único miembro del SAS británico merecedor de la Cruz Victoria, y su banda de forajidos de las Fuerzas Especiales, quienes tomaron el dicho de Churchill sobre «prenderle fuego a Europa» y lo hicieron realidad, diseminando el caos y el terror detrás de las líneas alemanas, rompiendo casi todas las reglas de la guerra.

Le di una copia de *Churchill's Secret Warriors* a Steve y mencioné que tenía la esperanza de que se hiciera una película basada en el libro.

Steve miró a su alrededor –nos habíamos reunido en la Academia Británica de las Artes Cinematográficas y Televisivas (BAFTA, por sus iniciales en inglés),^[3] pues parecía un lugar adecuado para nuestra charla del desayuno– y, como acostumbraba, bromeó:

–Entonces, ¿te juntas con los ricos y famosos? ¿Conoces a...? ¿Quién es esa mujer que hace de Lara Croft en *Tomb Raider*...? Sí, Angelina Jolie.

Steve subrayó que *Churchill's Secret Warriors* sería un fantástico punto de partida para una película. Solo dos veteranos del Regimiento son honrados con sendas estatuas

en la base del SAS en Hereford. Uno es David Stirling, el fundador del SAS. El otro es Anders Lassen. Steve señaló que una película sobre las aventuras de Lassen y su banda era necesaria desde hacía mucho tiempo. La historia merecía una difusión tan amplia como fuera posible.

Examinó la portada de *Churchill's Secret Warriors* por un momento, girándola sobre sus enormes y nudosas manos. Con 1.90 metros de estatura y ancho como la puerta de un granero, él no era el visitante promedio de la Academia; pude notarlo en las miradas furtivas y extrañadas de las personas que disfrutaban sus huevos benedictinos y sus expresos.

Me echó una mirada con el rostro serio por un segundo.

—¿Sabes?, hay otra historia del SAS de la Segunda Guerra Mundial que debe ser contada. Nunca lo han hecho. Existe el peligro de que nunca lo hagan.

—Continúa —lo alenté—. Te escucho.

—¿Has oído de la operación Loyton? La mayoría no. Pero quienes sí, la conocemos como el Arnhem del SAS. A finales de 1944, una unidad del SAS se lanzó en paracaídas sobre los montes Vosgos para armar y levantar la Resistencia francesa, y difundir el caos tras las líneas enemigas. Desafortunadamente, aterrizaron en medio de una división alemana Panzer. Mala sincronización, mala inteligencia. Se les terminaron los alimentos, las municiones, los explosivos y el armamento, sin mencionar que no tenían a dónde correr. De allí que sea el Arnhem del SAS.

»Finalmente, encontraron refugio en un pueblo francés llamado Moussey. Cuando los alemanes se dieron cuenta de que no eran capaces de matar o capturar a todo el SAS, acorralaron a los habitantes de Moussey y los mandaron a los campos de concentración. Pero ¿quieres saber la parte más impresionante? Ningún lugareño habló. Ningún habi-

tante de Moussey reveló la ubicación de la base del SAS ni los delató jamás.

»El ejército alemán peinó los bosques y montañas alejados durante semanas y, con el tiempo, capturaron a docenas de los nuestros. Los entregaron a la Gestapo y las SS; en aquel punto se perdieron en la *Nacht und Nebel*, la noche y la niebla. Y es aquí donde la historia se empieza a poner de verdad interesante...

Steve continuó explicándome cómo al final de la guerra más de 30 efectivos de la operación Loyton estaban registrados como desaparecidos en combate. El entonces comandante del 2º SAS, el coronel Brian Franks, se negó a dejar el asunto así. Prometió a las familias de los desaparecidos que averiguaría lo sucedido; también consideró que el Regimiento les debía lo mismo a los aldeanos de Moussey, de donde muchas personas habían sido arrebatadas para nunca más volver.

Moussey se asienta dentro de un valle de bosques densos y laderas altas que llegó a conocerse como «el valle de lágrimas», y con buena razón. Cerca de mil lugareños fueron enviados por la Gestapo a sufrir un destino, en aquel tiempo, desconocido. De acuerdo con el coronel Franks, el SAS les debía a los desaparecidos rastrear su paradero, ubicar a sus opresores y hacerles justicia.

El problema era que el SAS pronto sería disuelto. Luego de la guerra, habían sacado del poder a Winston Churchill a fuerza de votos; la opinión pública británica estaba cansada de la guerra y miraba hacia la paz, y los días del ejército tildado de disidente y transgresor parecían contados. Para octubre de 1945, el Regimiento del SAS había perdido la batalla por la supervivencia. Fue formalmente disuelto, o eso dice la versión oficial de la historia.

Pero la verdad era algo distinta. En realidad, mientras los veteranos del SAS eran enviados de vuelta a sus unidades para desmovilizarlos, un selecto puñado de oficiales y

soldados se desplegó en Alemania para ubicar a los desaparecidos de la operación Loyton y de Moussey, además de cazar a sus asesinos. Estos hombres –quienes llevaban la boina del SAS y el emblema del puñal alado– fueron agrupados en unidades encubiertas de búsqueda que se conocieron como los Cazadores Secretos.

En pocas palabras, los Cazadores Secretos se rehusaron a aceptar el fin de la guerra y libraron su propia batalla por rastrear a algunos de los más brutales criminales de guerra nazis.

Las operaciones de los Cazadores Secretos eran totalmente negadas y se daban fuera de cualquier registro. Sus actividades estaban tan encubiertas que apenas unos cuantos en el interior del SAS sabían de su existencia. Los dirigían desde la Eaton Square en Londres; contaban con comunicación directa de ida y vuelta con el campo de operaciones, y con el apoyo total de Winston Churchill, cuyo poder e influencia aún se hacían sentir, a pesar de su derrota en la elección general de 1945.

Sus operaciones fueron orquestadas por un príncipe ruso que había peleado en las Fuerzas Especiales durante la guerra y que tenía una razón personal para querer traer a los asesinos nazis ante la justicia. El príncipe Yuri Yurka Galitzine consiguió sacar, por debajo de la mesa, un presupuesto de la Oficina de Guerra para una unidad que oficialmente nunca existió.

Bajo su dirección y la del coronel Franks, los Cazadores Secretos buscaron a los criminales de guerra nazis de Italia a Noruega, desde la Francia occidental a través de Alemania y dentro de las zonas rusas. Emplearon cualquier medio necesario y tuvieron un amplio éxito cazando a los asesinos, pero, al hacerlo, se ganaron la poderosa oposición de los rígidos militares británicos y del poder establecido aliado.

En cuanto al Regimiento, las pesquisas de los Cazadores Secretos también sirvieron para cumplir otro propósito vital. Al operar hasta bien entrado el año de 1948, se las arreglaron para mantener vivo al Regimiento el tiempo necesario para que el coronel Franks fundara la 21.º SAS Artist Rifles, la segunda reserva del ejército que terminaría por sentar las bases del propio SAS cuando fue reconstituido en la década de 1950.

Como Steve señaló, el Regimiento aún conmemora las deportaciones de Moussey a los campos de concentración y a los centenares de personas que jamás volvieron. Los muertos del SAS están enterrados junto a las propias víctimas de Moussey, en el atrio de la iglesia del pueblo, un lugar de homenaje para aquellos que prometieron jamás olvidar el sacrificio realizado. Steve imaginó que éste era un trozo de historia viva y un libro que bien merecía escribirse, además de un episodio cuya narración estaba pendiente desde un buen tiempo atrás.

Yo antes había escuchado algo sobre los cazadores de nazis del SAS. Uno o dos amigos de las Fuerzas Especiales me habían mencionado sus actividades. Durante un largo tiempo estuve fascinado con la historia, pero había un problema: ¿cómo podía contarla? Sus actividades habían sido cobijadas por el secreto a tal grado que, con gran probabilidad, existiría muy escasa documentación al respecto y era dudoso que hubiera algún sobreviviente del pequeño grupo.

* * *

Sin embargo, un par de semanas después, el correo trajo una entrega muy especial. Consistía en el libro más grande y pesado que haya tenido el placer de examinar: una edición especial del diario oficial de guerra del SAS de la Segunda Guerra Mundial. El diario de guerra hace una breve y discreta mención de las labores de los cazadores

de nazis del SAS. A pesar de su brevedad, para mí representaba el primer reconocimiento oficial de que la unidad en efecto existió.

El comandante de los Cazadores Secretos era el veterano del SAS, el mayor Eric *Bill* Barkworth, un hombre de férreos principios, espíritu inquebrantable y una resuelta mentalidad opositora sin comparación alguna. Barkworth demostraría ser un fantástico investigador, detective, interrogador... y un extraordinario cazador de hombres.

El diario de guerra del SAS registra: «En mayo de 1945, (el coronel) Franks recibió el reporte de que en Gaggenau, Alemania, se habían hallado los cuerpos de varios soldados británicos y envió a investigar a su oficial de inteligencia, el mayor E.A. Barkworth. La unidad de Barkworth estableció su base... y comenzó su cacería. En octubre de 1945, disolvieron el SAS. Franks llegó a un acuerdo extraoficial con un individuo de la Oficina de Guerra y la unidad continuó. Operó abiertamente, como si fuera oficial. La unidad terminó su cacería en 1948, tres años después de que el SAS fuera disuelto».

Eran solo unas pocas palabras escogidas cuidadosamente, acompañadas por cuatro fotografías del SAS en Moussey haciendo honores en el memorial de guerra de la aldea, pero eran nada menos que el reconocimiento oficial de la existencia de los cazadores de nazis del SAS.

Incluso esto era extraordinario, si consideramos que la versión oficial de la historia decía que el SAS se desmanteló en 1945 para reconstituirse en la década de 1950 con el fin de llevar a cabo operaciones antiinsurgentes en Asia. Por ejemplo, la historia autorizada del SAS de Philip Warner menciona la disolución de 1945 y señala que «eso fue todo» hasta su reintegración en los años cincuenta. Aclamada como «la primera historia oficial completa del SAS», se convirtió en la versión admitida de los hechos.

Una iniciativa como los cazadores de nazis del SAS, que involucraba a decenas de hombres cuidadosamente elegidos —e incluso la orden de jamás hablar sobre su trabajo y mantener los registros escritos al mínimo—, sería, sospechaba yo, muy difícil de investigar. La evidencia fragmentaria tendría que ensamblarse laboriosamente, algo parecido a la forma en la que los Cazadores Secretos debieron construir los expedientes de los más buscados criminales de guerra nazis.

Así comenzó una búsqueda que me llevó a algunos de los lugares más oscuros, y me reveló los horrores que sufrieron los hombres y comandos capturados por un grupo de oficiales nazis que, para entonces, debían saber que la guerra estaba perdida. Pero también la historia del increíble valor y heroísmo que mostraron los efectivos de las Fuerzas Especiales británicas y aliadas, sin mencionar la Resistencia francesa y los aldeanos comunes que pelearon a su lado. No faltó, incluso, el ocasional buen alemán que arriesgó su vida para intentar hacer lo que creía correcto.

Con el tiempo, la historia me llevó al noreste francés, al propio Moussey y a un oscuro y perturbador campo de concentración que se asienta en las profundidades de los bosques montañosos, a unos 15 kilómetros al este del pueblo. Me llevó a los Archivos Nacionales en Kew y a los pocos archivos que sobreviven acerca de las actividades de los cazadores de nazis del SAS, muchos de los cuales habían sido marcados con una fecha de destrucción, pero que milagrosamente se las habían arreglado para sobrevivir a la depredación de quienes pretendían censurar la historia.

Me llevó a los documentos privados, archivados en el Museo Imperial de Guerra, del príncipe Yurka Galitzine y otros —aquéllos entre los Cazadores Secretos que nunca creyeron que su trabajo debía permanecer en silencio y fuera de todo registro—, quienes decidieron (en contra de

las órdenes y en contra de los contratos asfixiantes que habían firmado) guardar sus papeles en un lugar donde terminarían por descubrirse. Estas personas corrieron riesgos considerables al negarse a permitir que la verdad se ocultara y por eso se merecen nuestra admiración y gratitud.

El rastro me llevó de los archivos del Museo Imperial de Guerra –con el que estoy agradecido por haber hecho posible que tales materiales se conservaran para la posteridad– hasta algunos de los sobrevivientes de las operaciones del SAS en la Segunda Guerra Mundial, quienes afortunadamente siguen con nosotros. Y, al fin, llegué a las revelaciones más inesperadas, por no decir impactantes, ocultas en una serie de documentos en custodia del Archivo Nacional de Estados Unidos, en Washington, D.C. En septiembre de 2007, la CIA fue forzada, bajo la Ley de Divulgación de los Crímenes de Guerra Nazis, a publicar alrededor de 50 000 páginas de registros que documentaban las relaciones entre la Agencia y nazis prominentes en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Para el final de la guerra, la Alemania de Hitler ya no era el principal enemigo del «mundo libre»; la Rusia de Stalin había tomado ese papel. Poco después de que se hicieron los últimos tiros, los aliados comenzaron a frecuentar a jefes nazis con experiencia en combate o en espiar a los rusos, con el fin de darles asilo y reclutarlos. Los incorporaron a varias organizaciones de inteligencia encubiertas; la más importante de ellas fue la Organización Gehlen, dirigida en un principio por la inteligencia del ejército estadounidense y después por la CIA, de 1948 en adelante.

Los archivos de la CIA recientemente desclasificados revelaron que, en varias instancias donde estuvieron involucrados nazis de alto rango con experiencia contra los rusos, la justicia que con tanta resolución buscaban los caza-